

## EL ESPEJO DE TINTA •

**JOSÉ ANDRÉS ARBUÉS**  
(Ejea de los Caballeros, 1982)  
Ingeniero técnico agrícola



Gran aficionado a la lectura, hace un par de años se decidió a juntar algunas letras y escribir pequeños relatos, resultando ganador en el Concurso de Microrrelatos Arcadia en 2016. En 2017 obtuvo el primer premio del Certamen de Literatura Miguel Artigas, del cual también ha sido finalista en este año 2018.

# Huellas en el barro (III)

Los guardias civiles se pusieron hechos una furia y amenazaron a tu abuelo pero, ¿qué iban a hacerle? Había por allí varios trabajadores de la finca que habían visto lo ocurrido y les dijeron que declararían en defensa de mi padre donde hiciera falta.

Finalmente se marcharon con el rostro enrojecido, no sé si por la ira o por la humillación que habían sufrido. Tendrían que inventar una muy buena excusa para llegar sin los dos perros al cuartel y no sufrir las consecuencias. Cuando acabó su relato continuó andando con el objetivo fijo del cerro.

Conforme nos íbamos aproximando observé algo que no había visto en la lejanía, una silueta rectangular se recortaba contra la base del montículo y se confundía con el ocre del terreno que le servía como fondo. Pasada lo que me pareció una eternidad nos acercamos lo suficiente para poder ver que se trataba de una vieja construcción de adobe con la techumbre bastante deteriorada. Tenía una sola altura, pero daba la impresión de

que en su día debía haber sido un caserón de al menos dos plantas. Junto a ella había una lustrosa higuera que extendía sus ramas como en un gesto implorante, a modo de una rogativa para invocar la lluvia.

-Esa era la casa principal cuando yo era chico -dijo mi padre cuando llegamos a la construcción-, ahora sólo es una paridera... y de esa higuera corté la horqueta para hacerte un tirachinas.

De niño tuve muchos juguetes, pero de pocos guardo recuerdo. Curiosamente sí que ha permanecido en mi memoria aquella humilde horquilla con dos gomas y un trozo de cuero, quizá porque fue el único juego que me fabricó mi padre. O quizá por la riña y el consecuente castigo que me gané cuando una pedrada se llevó por delante el cristal de la ventana del salón.

Mi padre se agachó y recogió algo del suelo. Era un pequeño pedazo de lana que una aliaga había arrebatado a alguna oveja.

-En la época de la esquila esta casa estaba llena de vida. Por lo menos una docena de esquiladores se alojaban en ella en los días de más faena. Yo siempre ayudaba a amontonar la lana en los enormes sacos donde se almacenaba. Eran unos costales el doble de altos que una persona que cuando estaban llenos se cosían por su extremo.

Conocía de sobras la historia, pero estaba tan acalorado y extenuado por la caminata que no



**PEDRO JAVIER PASCUAL.** (Teruel, 1977) La naturaleza y la fotografía han formado parte de su vida desde que era muy joven, aprendió de forma autodidacta y ha ganado diversos concursos de fotografía nacionales e internacionales.

nía fuerzas ni para protestar, así que le dejé proseguir.

-A mi me mandaban con Hilario -continuó-. Los más jóvenes lo llamábamos el "Estreñido" porque era imposible que alguien que cagara bien tuviera tan mal genio. Él se metía dentro del saco y yo le iba echando lana para que la fuera apretando a base de pisotones. Ese bastardo no me decía otras palabras que no fueran "más lana" con una horrible voz ahogada y gutural, herencia de una operación de garganta, que además le impedía gritar.

> > Una día, cuando yo ya tenía quince o dieciséis años, tenían un saco a medio llenar y avisaron de que el rancho estaba listo, era la hora de comer. Aquel miserable no me hizo ni caso cuando se lo dije y sólo obtuve por respuesta su interminable cantinela: "más lana". Los demás se habían marchado ya, sólo continuábamos trabajando nosotros dos. Le repetí que era la hora de comer, que ya acabaríamos de llenar el saco después del descanso. De nada sirvió: "más lana". Así que como él todavía no podía salir sin mi ayuda, le tiré encima tres viajes rebosantes que lo cubrieron por completo, cosí el saco y me marché a co-

mer. Conforme me iba podía oír levemente como me increpaba desde dentro del talego, pero a causa de su incapacidad para gritar cuando salí del recinto ya no se le escuchaba, nadie podía oírlo y nadie iba a rescatarlo de su encierro.

> > Cuando llegué con el resto del grupo me preguntaron por él y yo les dije que se había marchado sin decirme a dónde. El "Estreñido" no era muy apreciado entre sus compañeros, así que no volvieron a preguntar durante toda la comida. Después de comer hasta saciarme me apresuré en ser el primero en llegar al cargadero de lana para descoser el saco y que nadie se diera cuenta de lo que había hecho. En cuanto abrí, los juramentos más brutales que nunca había oído surgieron de aquel saco. Por supuesto me amenazó hasta de muerte, pero nunca se atrevió a hacerme nada. Por aquél entonces yo era un zagal corpulento y no hubiera dudado en defenderme si el "Estreñido" hubiese venido a por mí, pero nunca lo intentó el muy cobarde. Seguro que si hubiera tenido la oportunidad de golpearme por detrás con el mango de un azadón lo habría hecho, pero

ya me encargaba yo de no darle nunca la espalda.

Cada vez que mi padre contaba esta anécdota su cara tomaba una expresión a medias entre la picardía y la satisfacción y una sonrisa de pillo asomaba en su boca.

Yo pensaba que mi padre se daba por contento con haber llegado hasta la antigua casa, pero aún me reservaba la última prueba.

-Vamos a subir un momento -me dijo señalando el alto del cerro-. Quiero ver una cosa y ya volvemos para casa, ¿eh?

Desde luego yo no tenía ninguna gana de seguir pasando calor ni de continuar andando, y menos cuesta arriba, pero al ver cómo la alegría crecía en mi padre con cada paso que dábamos, con cada recuerdo de aquellas tierras, no podía negarme a darle el último capricho.

Subí a duras penas aquel repecho pensando en lo que me iban a doler las piernas al día siguiente y en que si no nos dábamos prisa se iba a hacer tarde para cumplir la promesa de llevar a mis hijos al cine, más aún cuando tendría que pasar por casa a ducharme si no quería atufar toda la sala. Cuando llegué a lo alto

de la loma mi padre ya llevaba un buen rato esperándome y miraba ensimismado una gran roca que tenía enfrente a un centenar de metros.

-Allí fue donde pasó lo del buitre -dijo.

La historia del buitre era archiconocida en mi familia. Cuando mi padre tenía siete años mi abuelo le dio un cuchillo y lo mandó a por los arrees de un burro que había muerto junto a la roca que estábamos observando. Al llegar, el cadáver del animal se encontraba rodeado de buitres que competían entre ellos por los mejores despojos.

Nunca había visto buitres de tan cerca. Aquellas rapaces eran igual de grandes que él, o al menos esa era la impresión que le causaron.

## El espejo de tinta

El fragmento de hoy forma parte del relato que ganó el primer premio en el certamen literario Miguel Artigas de Monreal del Campo en el año 2017. La imagen que lo ilustra la ha realizado un miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense.